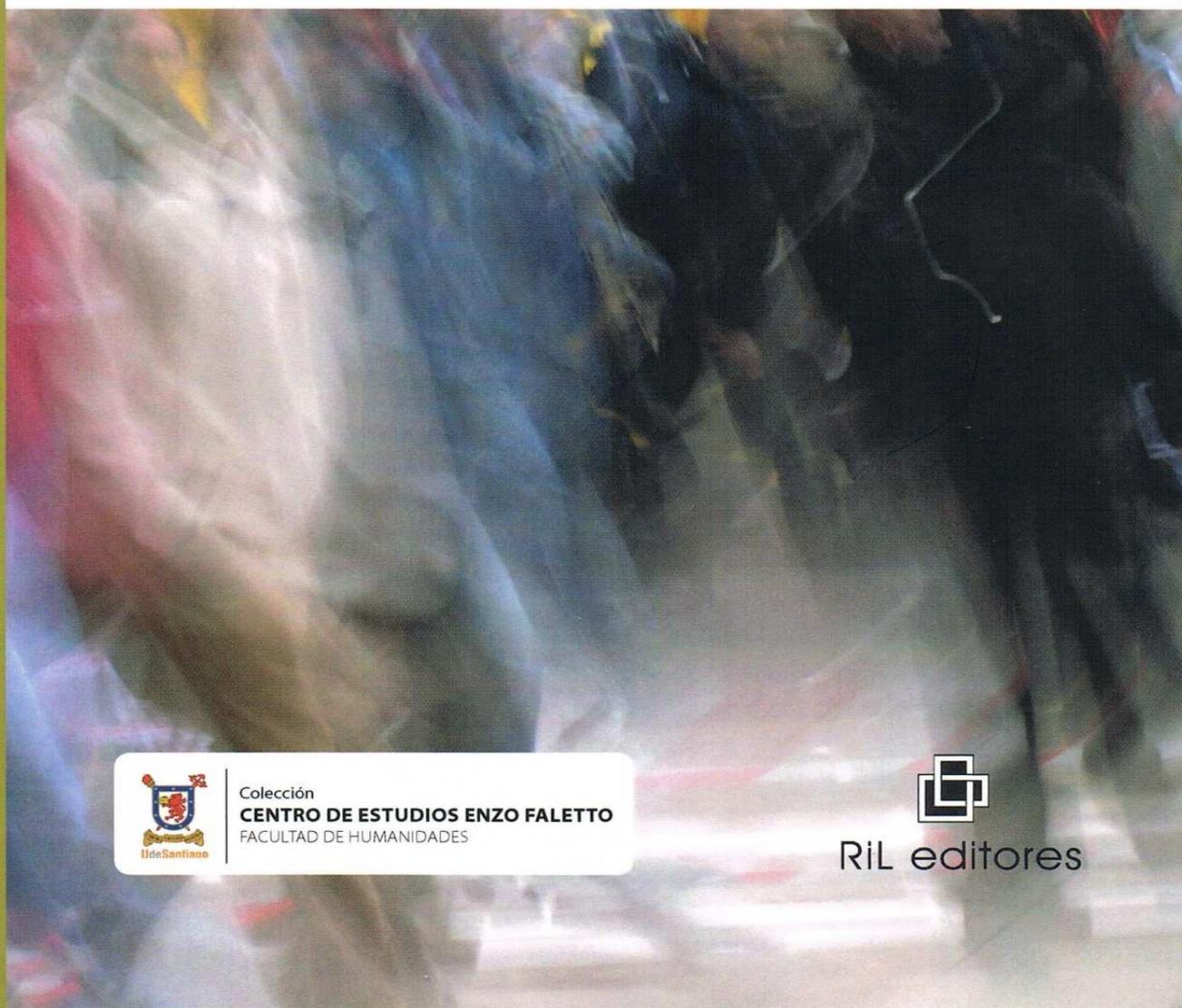


CARLOS FORTIN - AUGUSTO VARAS - MARCELO MELLA
(Editores)

LOS DESAFÍOS DEL PROGRESISMO

EUROPA, AMÉRICA LATINA Y CHILE



Colección
CENTRO DE ESTUDIOS ENZO FALETTO
FACULTAD DE HUMANIDADES



RIL editores

ÍNDICE

PRESENTACIÓN.....	11
PRÓLOGO	13

I

LA CRISIS DEL PROGRESISMO

Progresismo y la refundación de la relación Estado-sociedad <i>Manuel Antonio Garretón</i>	19
Una agenda para la reflexión <i>Carlos Fortin</i>	27
Izquierdas y progresismo <i>Carlos Ominami</i>	37
¿Qué significa ser progresista en el Chile de hoy? <i>Claudio Orrego</i>	41
La reconstrucción del progresismo como crítica del fundamentalismo de mercado <i>Eugenio Rivera</i>	47
Nuevo modelo con mayoría social y política <i>Cristián Fuentes</i>	49
¿Qué es ser progresista en Chile hoy? <i>Víctor Barrauto</i>	50

II

HISTORIA Y EXPERIENCIAS

1. <i>El proceso de la socialdemocracia europea</i> ¿Qué es lo vivo y que es lo muerto de la socialdemocracia? <i>Alberto Kotschuzke</i>	55
El New Labour británico <i>Alejandro Jara</i>	57

Los debates sobre el progresismo y el socialismo en la socialdemocracia europea: los casos de Francia y España <i>Carlos Fortin</i>	60
Balance del progresismo en Europa <i>Peter Landelius</i>	76
Progresismo y social democracia en Europa <i>Henry Weber</i>	82
<i>2. Evolución del pensamiento económico progresista latinoamericano</i>	
Desarrollo y heterogeneidad estructural <i>Oswaldo Sunkel</i>	89
De la CEPAL a la Alternativa Latinoamericana <i>Carlos Ominami</i>	95
Desigualdad, crisis y choques económicos <i>Antonio Prado</i>	99
Crítica al modelo económico de la concertación: bases para su reformulación <i>Eugenio Rivera</i>	100
<i>3. Experiencias latinoamericanas</i>	
a. América del Sur	
El progresismo en América Latina. Principios y políticas públicas <i>Augusto Varas</i>	105
Progresismo en América del Sur <i>Constanza Moreira</i>	110
Izquierda, gobierno y democracia social participativa en América Latina <i>Juan Carlos Gómez</i>	115
La democracia directa en América Latina <i>Carlos Fortin</i>	119
Progresismo y cambio político <i>Iole Iliada</i>	126
El cambio progresista <i>Fernando Melillo</i>	129
Progresismo versus conservadurismo en el gobierno de Humala <i>Javier Diez Canseco</i>	133

b. La renovación socialista en Chile	
La Renovación Socialista	
<i>Cristina Moyano</i>	138
El proceso de la Renovación Socialista	
<i>Manuel Antonio Garretón</i>	142
Sobre la renovación socialista en Chile	
<i>Gonzalo Martner</i>	149
La renovación socialista y el socialismo sin sociedad	
<i>Santiago Escobar</i>	154
A 30 años de la Renovación Socialista	
<i>Gabriel Gaspar</i>	157

III

PRINCIPIOS PROGRESISTAS Y DILEMAS DEL PRESENTE

1. Reconocimiento

La lucha por la igualdad desde la articulación de reconocimiento, justicia y responsabilidad solidaria.	
Notas de trabajo	
<i>Pablo Salvat</i>	165
El cuidado como eje de políticas en América Latina	
<i>Ana Sojo</i>	180
Cohesión social y familia	
<i>Judith Astelarra</i>	199
El escenario Bachelet y las políticas de la presencia	
<i>Alejandra Castillo</i>	205
Género en la agenda progresista. De la ambigüedad a la necesidad	
<i>Pamela Díaz-Romero</i>	211
Representación y exclusión de los mapuches en el sistema político chileno	
<i>Pedro Marimán</i>	219
La homosexualidad no es una enfermedad	
<i>Pablo Simonetti</i>	224
2. Redistribución	
¿Crisis del pacto social del capitalismo?	
<i>Carlos Fortin</i>	227

La agenda de un desarrollo con igualdad en América Latina: cuatro áreas estratégicas	
<i>Martín Hopenhayn</i>	240
Crecimiento y desarrollo económico. Ajustes a la hoja de ruta	
<i>Hernán Frigolett</i>	246
Política industrial: ¿otra asignatura pendiente de Chile?	
<i>Graciela Moguillansky</i>	270
Rentas de recursos naturales	
<i>Jorge Leiva</i>	275
Pobreza de tiempo y el mercado laboral	
<i>María Elena Valenzuela y Sara Gammage</i>	279
Los desafíos ambientales de la política progresista en Chile	
<i>Patricio Rodrigo</i>	300
3. Representación	
1. El modelo político y la crisis de representación	
Perspectivas dogmáticas y agnósticas sobre la democracia	
<i>Marcelo Mella</i>	305
La crisis de representación en Chile	
<i>Marcelo Díaz</i>	324
El por qué de una nueva constitución para Chile y los elementos rectores que debieran inspirar su contenido	
<i>Francisco Fernández</i>	330
El progresismo frente a la democracia	
<i>Claudio Fuentes</i>	333
2. Movimientos sociales y movilización	
Movimiento y cambio social	
<i>Giorgio Jackson</i>	339
Movimiento social y nuevas instituciones políticas	
<i>Gonzalo de la Maza</i>	345
Un nuevo plebiscito para una nueva Constitución	
<i>Carlos Ominami</i>	350
AUTORES	355
AGRADECIMIENTOS.....	365

Progresismo y la refundación de la relación Estado-sociedad.

Manuel Antonio Garretón

Quisiera, primero, hacer algunas reflexiones en torno a lo que llamamos crisis de representación. En segundo lugar, ubicar el tema del progresismo en el contexto de crisis de representación. Y, en tercer lugar, hacer una reflexión sobre cómo veo la situación del progresismo, en crisis de representación, en el actual caso particular chileno, en esta coyuntura muy particular de los últimos 5 o 6 meses, que a su vez condensa un cambio más profundo de aquello que está ocurriendo en el país, con el primer gobierno de derecha, con el término de los gobiernos de la Concertación y su relativa disgregación.

Respecto de las cuestiones más bien conceptuales, hay que diferenciar rápidamente lo que podríamos llamar problemas de crisis de representación. Problemas de representación ha habido siempre. Crisis significaría que algo está quebrándose y que viene otra cosa en ese campo. Esa es la idea de crisis; las crisis no necesariamente son terminales, pero crisis supone una agudización importante de contradicciones, de tensiones, en un determinado periodo o en una determinada coyuntura. Entonces vamos a tratar de describir o de interpretar de qué crisis hablamos. De qué se trata cuando hablamos de crisis de representación.

Se podría pensar en dos niveles. Una es la crisis de legitimidad y, otra, es la crisis estructural u orgánica o de funcionamiento. La crisis de legitimidad tiene que ver con al menos tres dimensiones de lo que llamamos representación. Una es la idea de representatividad. Hoy día está en crisis la idea de representatividad, el hecho de que alguien o algo pueda representar a otro. No toda crisis de representación hoy día es crisis de la idea de representatividad, pero esta es una dimensión que se encuentra, por ejemplo, en el movimiento de los indignados. En el caso chileno, un actor que no me parece central, pero me parece que hay que tomar en cuenta, el de los encapuchados, precisamente niega toda idea de que uno pueda ser representado por otro.

Porque, ¿qué es lo que se representa? En la fórmula clásica democrática con variaciones, por supuesto, según los distintos modelos; hay un conjunto de actores, que tienen una representación en la escena partidaria, en la escena política a través de un sistema principal –el sistema de partidos–, y hay mecanismos que aseguran esa

representación, que son los mecanismos fundamentalmente electorales, aunque pueden haber otros. Esto es lo que el sistema clásico democrático sostiene, una adecuación entre actores y entre una base social que se representa políticamente a través de partidos y la existencia mecanismos para realizar esto. Así, en primer lugar, se representan actores. Esos actores pueden ser individuos o pueden ser actores colectivos, movimientos. Hoy estamos en presencia de actores organizados de tres grandes tipos. Uno, los actores individuales que se expresan en público, una suma de individuos. Un segundo tipo de actor son las identidades. Y un tercer tipo de actor son sectores sociales que se constituyen en torno a un determinado impulso, como puede ser, por ejemplo, la necesidad de consumo. Mi impresión es que los actores que sirvieron al sistema de representación democrática clásica, como son básicamente las clases sociales o los ciudadanos individuales, hoy, en cuanto clases o ciudadanos, se han debilitado. Lo primero que hace el sistema democrático es representar actores, sea individuos o actores organizados. Esos actores organizados se han debilitado por razones que no tenemos tiempo de analizar, que tienen que ver fundamentalmente con las transformaciones productivas, con las transformaciones globales, con las transformaciones culturales, etc., y lo que podemos ver es a estos tres tipos de actores difícilmente representables. Las identidades y los actores son muy difíciles de representar porque se representan y buscan representarse a sí mismos. Los individuos o los individualismos, los ciudadanos de los indignados, por ejemplo, que algunos calificaban de ciertas formas de narcisismo ciudadano, son muy difíciles de representar, también, porque afirman que nadie puede representarlos.

Actualmente, existen ciudadanos en el sentido clásico del término, pero mucho de lo que llamamos ciudadanía tiene que ver con reivindicaciones e intereses ligados más al consumo que a cuestiones estrictamente ciudadanas. No quiere decir que actores clásicos y ciudadanos clásicos reivindicando derechos no existan. Lo que digo es que no son hoy los únicos que podrían ser representables.

Lo segundo que se representa son intereses, y estos tienen que ver, en general, con grupos organizados, con agrupaciones de intereses, por ejemplo, los sindicatos. Pero a su vez, estos intereses forman parte de una cierta demanda más generalizada. Así, tras los intereses de mejorar un salario hay una demanda de una nueva relación laboral, el interés de cambiar algo de la estructura en el cual ese interés se aplica. Hoy estamos pasando de un

mundo de intereses identificables, estables y colectivos, es decir propios de una categoría social, a un mundo de demandas individuales. Así, es difícil hablar de los intereses de un público o de un sector, los intereses de la gente que apoya al movimiento estudiantil, por ejemplo. Diría que aquí hay demandas más que intereses imputables a una categoría que puedan ser representados. Se trata de exacerbación de demandas que no quieren representación, quieren respuestas, es decir, políticas públicas. Y la mediación que hay entre la demanda y la política pública tiene que ver no tanto con la representación, sino con el modo en que la lógica mediática organiza esto.

En tercer lugar, se representan ideas o proyectos. Se podría decir que la suma de demandas individuales de consumo, de las identidades y de los actores colectivos no se transforman en proyectos de sociedad y, por lo tanto, hacen difícil una instancia que represente ideas o proyectos. Así, la instancia principal de representación en los regímenes democráticos, los partidos políticos, dada esta naturaleza de la demanda del actor, observan un debilitamiento en su capacidad de representar. Los partidos políticos no fueron creados para representar identidades, para representar demandas individuales. Fueron creados para representar intereses de sectores que se traducían en proyectos o visiones de sociedad. Por lo tanto, la forma de partido como estructura de representación tiende a perder importancia. Otro mecanismo que aseguraba sistemas de representación era el voto o el mecanismo electoral. La fluctuación, la variabilidad en general en el mundo del voto, hace que este exprese una respuesta inmediata, generalmente una oposición que asegure un mecanismo de relación entre gobernantes y gobernados. Uno de los ejemplos más claros está en el caso chileno, donde el voto de la mayoría electoral en las últimas elecciones presidenciales no significa ni mayoría política ni adhesión a quien ganó las elecciones. La mayoría del país está en contra de la persona que eligió. Por ello, el voto pierde esa capacidad de representación que tenía antes.

Hay, entonces, una crisis de representatividad.

En segundo lugar, hay otro aspecto en la representación que no es solo la representatividad como idea, sino que es la relación entre representantes y representados. Aquí el énfasis se ha puesto siempre en la incapacidad que tiene el representante de asegurar la representación del representado. Yo creo que el problema hay que mirarlo en las

dos dimensiones. Una, del representante al representado, pero la otra, del representado al representante. Uno de los problemas fundamentales tiene que ver con que se debilita la base de lo representable; ¿quiénes son los representables? Tiene que ver con masas, sectores, grupos, públicos, que no son representables, que no quieren ser representados, o que quieren representarse a sí mismos. Por lo tanto, el problema es que hay una clase política que no representa porque simplemente hay sectores que no pueden o no quieren ser representados. Así, los partidos políticos solo pueden representarse a sí mismos, a su clase política, a sus militantes. La mayor parte de los problemas políticos de los partidos políticos tienen que ver con asuntos internos o, como ocurre en la mayoría de las sociedades actuales, ya ni siquiera se estaría propiamente en presencia de partidos políticos o partidos de masas. Fundamentalmente, estamos en presencia de dos cosas, o de coaliciones o de segmentos de partidos, donde lo que vale es la coalición, no el partido. O cuando pensamos en el caso de un partido que puede llegar a tener el cincuenta y tanto por ciento del electorado –como es el caso del partido justicialista, del peronismo–, no estamos en presencia de un partido, sino de un segmento de partido que asume y que gana una elección. Todo esto sirve para explicar que la forma de partido propiamente tal, como la teníamos pensada, difícilmente puede hacerse cargo, porque no tenemos bases representables de la manera clásica. Esto debido, entre otras cosas, a que las ciudadanía hoy son instantáneas, inmediatas; reclaman, quieren una solución que no necesariamente va ligada a un proyecto con aquel que lo represente. Se trata de que me satisfaga aquello que yo quiero tener, o que mi grupo quiere tener, porque siempre existe la demanda corporativa; resuelto eso o no resuelto eso tomo mi decisión respecto al tema de representación. Insisto en el punto: no se representan actores. Se representan, a lo más, demandas, y esas demandas son demandas extremadamente fluctuantes.

Por último, hay una crisis de los sistemas de representación en cuanto tales. Hay sistemas que se acercan más a resolver crisis de representación que otros sistemas políticos (el caso chileno es el peor en esta materia), y el sistema parlamentario tiende a resolver mejor los problemas de representación en la medida que por la disposición del Jefe de Estado, se puede disolver el sistema de representación elegido por otro que no va a representar proyectos de sociedad, pero sí representará las demandas de ese momento. En el caso de las movilizaciones de 2011, si el sistema hubiera tenido un sistema más

parlamentario, el Presidente podría haber disuelto las Cámaras y las elecciones habrían sido sobre las demandas que preocupaban a la ciudadanía, es decir, las de los estudiantes.

Segundo gran tema, el tema del progresismo. ¿Qué es lo que define o lo que puede definir al progresismo? Primero, el progresismo se ubica en el lado de la convocatoria, de la interpelación, más que del lado de la representación clásica. El progresismo aspira menos a representar que a proyectar, a proponer que a convocar. Lo que define al progresismo es, primero, un proyecto de transformación de la sociedad y, segundo, una convocatoria de masas o sectores populares. Por ejemplo, el progresismo va a tener que ser siempre la búsqueda de transformaciones estructurales y, por lo tanto, la búsqueda de convocatoria a sectores, mayorías, sectores populares que estén por esas transformaciones. Hay, necesariamente, un cierto iluminismo, a diferencia de una visión que dice: la masa, los sectores populares, una clase social tienen la razón y yo lo que hago es representarla. Lo que se hace desde el progresismo es convocar a otros a transformar la sociedad. Siempre habrá entonces una combinación entre un componente estrictamente populista y el progresismo. No hay progresismo que no pueda ser populista y no hay nada más ignorante que la afirmación de algunos que el dilema de América Latina es democracia o populismo. La democracia tiene un principio populista en sus fundamentos (gobierno del pueblo), sólo que en el marco de determinadas instituciones y procedimientos. No hay progresismo que no tenga una dimensión populista y, a su vez, no puede haberlo si no tiene una dimensión institucionalista. El progresismo es más un principio de convocatoria que un principio de representación y, por lo tanto, tiene un problema clave: necesita un relato y un adversario. El gran problema del progresismo es la construcción de un relato y la definición de un adversario, porque cuando uno dice izquierda, su relato era el socialismo, su adversario el capitalismo; pero ¿cuál es el proyecto al cual se opone el progresismo?, ¿cuál es su adversario? Para tener un relato se necesita tener un adversario y el gran problema de hoy es que no hay un relato al frente o un proyecto al frente. Hay poderes fácticos, sistema financiero internacional, destrucción del medio ambiente. ¿Qué actores encarnan la lucha contra ellos? Es mucho más complicado porque gran parte de la base social a la cual debe apelar el progresismo está a favor de muchos aspectos de la sociedad que se quiere transformar. Muchos de los que apoyan, o muchos de los que están en lucha contra la Polar o el Transantiago no tienen un proyecto de sociedad que no sea la satisfacción de sus

intereses materiales y de consumo. Entonces, no tenemos al frente un proyecto como lo hubo en la época de las dictaduras latinoamericanas o las oligarquías. En un momento sí lo hubo, fue el neoliberalismo y el progresismo se desarrolló contra él y los poderes que los sustentaban. Hoy no hay un proyecto articulado, porque hoy el neoliberalismo carece de relato que tenga un relato, tampoco lo hay desde el lado del progresismo y éste puede aparecer entonces solo como una repuesta defensiva frente a los poderes fácticos.

Los dos temas fundamentales del progresismo son el proyecto y el sujeto. En el tema del proyecto, por lo menos si uno revisa a nivel mundial porque hay que pensarlo para cada sociedad y a nivel global, la cuestión central es el tema de la igualdad, lo que se llama justicia social, no igualdad de oportunidad, sino de posiciones. Lo fundamental, el eje organizador del progresismo, es una sociedad de iguales, entonces debo ordenar todo lo que yo haga entorno a ese eje, pero eso también puede significar la pura absorción de demandas individuales, por tener un consumo, una condición igual a otros, y no me habla de una estructura de sociedad. En ese sentido, hay un componente utópico y ese principio no puede ser otro que la superación del capitalismo. Si el progresismo considera que no hay alternativa al capitalismo, entonces no hay progresismo como movimiento y muchos pueden considerar que está bien. O sea, la superación del capitalismo a nivel mundial es, a mi juicio, el principio utópico central porque no hay posibilidad de sociedades de iguales, donde la sociedad pueda por sí misma resolver sus problemas, en una sociedad capitalista.

Quien aterrice estos principios va a constituir lo que llamamos el sujeto progresista. Si queremos hablar de una problemática latinoamericana, es la refundación de las relaciones Estado-sociedad, tanto a nivel de la polis latinoamericana como a nivel de cada país, y, por lo tanto, el sujeto progresista es el sujeto que propone una refundación de las relaciones Estado-sociedad. Guste o no, tenga éxito o fracase, el Kirchnerismo es el sujeto progresista en Argentina. Evo Morales y su movimiento es el sujeto progresista en Bolivia. No hay sujeto progresista en Perú, no hay sujeto progresista en Chile, o está por construirse. Es el que propone una refundación para esa sociedad de la relación entre Estado y sociedad. ¿En qué consiste la refundación básica en la sociedad chilena? Es básicamente la superación de los dos principios constitutivos del modelo generado por la dictadura y todavía vigente. El principio de la desigualdad en el plano económico social, hoy con su expresión principal en el modelo educacional, y el principio, el modelo, la ley de la minoría

en el plano político, dicho de otra manera, la ausencia de un momento constitucional. En el caso chileno, el problema fundamental es iniciar un proceso de refundación de las relaciones entre Estado y sociedad análogo al de otros países, con contenidos distintos. El inicio de un proceso de refundación de las relaciones Estado-sociedad con el principio de igualdad y superación capitalista pasa básicamente por la refundación del modelo económico-social, incluido el modelo educacional y por un momento de refundación constitucional.

El sujeto progresista fue durante 20 años o más, la Concertación, porque era la portadora de la problemática central de esa sociedad en términos de la reconstrucción de las relaciones Estado-sociedad que era la democratización y la corrección del modelo económico social. Hoy en día la Concertación ha dejado de ser “el” sujeto progresista, no puede serlo. Uno, porque dicho sujeto ya no puede ser un partido ni una coalición de partidos solamente por más que esa coalición representara electoralmente la gran mayoría. Hoy el sujeto progresista no se constituye solo sobre partidos políticos y esa sería la cuestión fundamental. Si hay un embrión o atisbo de un sujeto progresista, guste o no guste, es el movimiento estudiantil, porque es el portador del cambio del modelo económico social, porque cuando se reivindica el principio utópico –la gratuidad es un principio utópico–, se reivindica el fin de lucro, la esencia del sistema capitalista.

La tarea del progresismo estuvo encarnada estos últimos años en el movimiento estudiantil, pero ese no puede ser el sujeto, porque entre otras cosas es un movimiento social y un movimiento no puede ser “el” sujeto progresista aunque en un momento sea el que lo exprese. Otra cosa que expresa el movimiento estudiantil y que lo constituye en el principio de sujeto progresista es la refundación del modelo económico social o modelo educacional y la refundación del sistema político, porque el actual no puede resolver el problema educacional. El primer problema de refundación del modelo económico es que este modelo político no lo puede resolver. Está definido que no lo va a hacer porque hay una mayoría política que lo va a impedir, que tiene el poder de mayoría; es una minoría que tiene poder de quórum especial. Entonces entendamos que en este modelo político no hay solución. Pero, al mismo tiempo, el movimiento estudiantil ha planteado una cuestión, aunque no lo haya hecho intencionalmente: el modo de relación clásico chileno de política y ciudadanía. En Chile, la política y la ciudadanía fueron cuestiones que se expresaron a

través del sistema partidario. En Chile el movimiento social estuvo siempre imbricado y articulado con los partidos políticos, con autonomía y tensiones, salvo ahora. Y por eso tenemos, por primera vez, este diálogo; nunca había existido que un movimiento social le dijera al gobierno, al Presidente, “mire, no voy a ir a la reunión tal, cámbiame primero el Ministro”, ni que le dijera los presidentes de partidos, “no vayan a la reunión del presidente, llamen y digan que no van”. Esto implica una señal del término de lo que era el sistema político chileno, más allá de que el régimen fuera democrático o no, porque este sistema de imbricación entre partido y movimiento social incluso existió durante la dictadura (por ejemplo, en la Asamblea de la Civilidad, como los dirigentes de los partidos no se ponían de acuerdo, lo hacían a través de los dirigentes de las organizaciones sociales y nadie manipulaba a nadie). Entonces, y en eso se equivocan algunos historiadores, el movimiento social siempre fue expresado a través del sistema partidario. Hoy no lo es más, por lo que la reconstrucción de un proyecto progresista pasa por la construcción de un sujeto que es la vez político partidario, todos los partidos de la oposición y también todas las nuevas organizaciones políticas que aspiran a ser partidos en un mismo nivel de igualdad -como lo fue la Concertación de 17 Partidos en el momento del Plebiscito, pero incluyendo a todos los que están en el campo de la oposición- y al mismo tiempo las organizaciones sociales, independientemente que tengan buenas o malas relaciones con los partidos.

Y este es el proceso fundamental que está en juego: refundación del modelo económico social y cambio del principio básico de la desigualdad por la igualdad, refundación del modelo político, fundamentalmente momento constitucional, refundación de las relaciones movimiento social o ciudadanía y partido político, lo que significa un nuevo sujeto político social a cargo de la tarea de hacer pasar la sociedad post pinochetista a una sociedad democrática.

El problema del progresismo se plantea por su capacidad de representación en torno a su proyecto y a su capacidad de constituir un proyecto y sujeto que son diferentes según las sociedades. En el caso de América Latina, todos ellos apuntan a una refundación de la relación entre Estado y sociedad.

El proceso de la Renovación Socialista

Manuel Antonio Garretón

Es preciso responder dos preguntas medulares para entender el proceso de renovación: ¿qué fue la renovación socialista? Y ¿qué tiene que decir en la actualidad?

¿Qué fue la renovación socialista?

La respuesta implica observar determinados elementos que explican la naturaleza del proceso. El primer elemento es la mutación ideológica cultural. Esta idea implica, ante todo, que la renovación llamaba no solo a aceptar el hecho evidente de la derrota, sino a aceptar el fracaso de la Unidad Popular en cuanto cristalización de un proyecto socialista que buscaba realizar un proyecto revolucionario dentro de los marcos de la democracia. En este sentido, la dictadura militar (contexto en que se desarrolla la experiencia de la renovación), se entendía como una “crisis civilizatoria”, la completa victoria del adversario sobre el proyecto socialista, victoria que no solo eliminó (físicamente) al sector derrotado, sino que creó un nuevo escenario, un nuevo orden social, político y económico neoliberal completamente diferente al orden anterior. Fue una destrucción que, a su vez, creó un nuevo contexto.

En este nuevo contexto, se generó una fértil convergencia de organizaciones políticas, sociales y ciudadanas de izquierda, con múltiples formas de debate y de sujetos. Movimientos por los derechos humanos, encuentros bajo la Vicaría de la Solidaridad, los diversos congresos socialistas (tanto nacionales como en el extranjero), los múltiples centros de pensamiento crítico, etc., todos ellos fueron el conjunto de expresiones de movimientos y espacios de discusión que dieron paso a un importante distanciamiento de la estrategia convencional de la izquierda hasta el momento. Este campo heterogéneo, debe recordarse, generó diversos procesos acumulativos que crearon, a su vez, diversos ejes de contenidos. Por lo tanto, no podemos entender la renovación socialista como un pensamiento completamente estructurado, homogéneo, carente de diferencias internas, sino que por el contrario, la renovación debe entenderse a nivel conceptual como un conjunto de ejes temáticos (socialismo como proceso democratizador, crítica al partido único, al

determinismo económico, democracia como régimen político del socialismo, etc.) que generaron diversas expresiones tanto teóricas como prácticas.

La reflexión, en este sentido, implicaba que el fracaso de la UP debía ser entendido como algo mucho más que el derrocamiento violento al gobierno de Allende. Debía leerse, además, como un fracaso en todo lo que fue el proyecto político, teórico y social del socialismo chileno hasta entonces. La violenta caída de la UP reflejaba, en este sentido, un error estratégico de toda la izquierda, que no era posible apreciarlo durante el proceso, por lo tanto, se hacía necesario un proceso tanto de búsqueda de los elementos que generaron ese fracaso como de un nuevo análisis de un nuevo contexto político, social y económico.

De este modo, pensar el fracaso era poner en duda las categorías teóricas a las que se apelaba en la formulación de esa derrotada estrategia. Pero aquí hay que hacer una aclaración, Si bien se apelaba al marxismo y al marxismo leninismo, la experiencia de la Unidad Popular se apartaba de aquella estrategia, pues consideraba esencial el apego a la institucionalidad y la democracia y en la práctica así lo demostró, no tenía referentes históricos ni teóricos a los que acudir, produciéndose lo que llamamos hace mucho tiempo un vacío teórico ideológico.

De modo que la renovación socialista buscó remediar este vacío y para ello era necesario hacer la crítica de la teoría predominante en aquella época respecto del socialismo, esencialmente, el marxismo leninismo. El marxismo leninismo presentaba un esquema estratégico, un horizonte de crítica y una organización política que, según la reflexión de la renovación, era incapaz de abordar la cuestión democrática y los nuevos campos de intervención del socialismo. Cuatro fueron los elementos del marxismo leninismo, que insistimos no se dieron en el caso chileno pero formaban parte del patrimonio teórico ideológico de la izquierda latinoamericana, que fueron objeto de radical crítica por parte de la renovación:

1. La idea de la conquista del poder en base a una vanguardia que se toma el aparato estatal, ya sea utilizando instrumentalmente la democracia o al margen de la democracia misma.

2. La idea de vanguardia que se condensaba en un Partido único como agente de toma del Estado.

3. La idea del proletariado como agente único de transformación social y, por lo tanto:

4. La idea de socialismo como una específica arquitectura social, cristalizada en la socialización de los medios de producción y eliminación de la explotación.

La renovación partió su análisis proponiendo que el socialismo no podía seguir siendo visto como algo que se alcanza de una vez para siempre, un nuevo orden socioeconómico que debía ser implantado. Por el contrario, había que dejar paso al socialismo visto no como un nuevo tipo de sociedad, sino como un proceso de constante democratización. Esta visión procesal del socialismo implicaba, a su vez, ampliar el horizonte de crítica a la sociedad en que se vivía, incluyendo no solo la explotación, sino las diversas opresiones y discriminaciones que suceden más allá del campo económico, sumando como sujetos de cambio social al proletariado, a las mujeres, a las múltiples formas de expresión sexual e identitario, a estudiantes, pobladores, etc.

En este sentido, era tan socialista nacionalizar una empresa como luchar por los derechos humanos, ya que ambos cuestionaban diferentes formas de opresión, sin ser una “más socialista” que otra. En nombre de los perdedores del orden social dominante y en nombre de la capacidad creativa de los sujetos, se planteó el socialismo como proceso de democratización permanente de los diversos campos sociales, superando el determinismo económico que predominó en el lenguaje teórico marxista clásico.

¿Cómo, por tanto, condensar un proyecto socialista viable? Una de las lecciones del fracaso de la UP era que, parafraseando a Berlinguer, no bastaba una mayoría estadística para obtener el poder; era necesario, además, una mayoría social y política. La mayoría estadística hacía de condición necesaria, más no suficiente para la consolidación de un gobierno de izquierda. De este modo, para hacer sobrevivir en el largo plazo un régimen gobernado por la izquierda, se debía ampliar el horizonte de alianzas, incluyendo al centro político, de cara a darle una mayoría política a la mayoría electoral. Pero había una lección práctica: la intransigencia con el centro por parte de los partidos marxistas y el mismo aislacionismo y sectarismo del centro, limitaron el horizonte táctico de la UP impidiéndole llegar a una alianza con la DC para hacer que la mayoría (relativa) estadística diera paso a una mayoría política. Así, lo que reemplaza la visión del método revolucionario clásico es la búsqueda de la mayoría política.

Esta nueva lectura del socialismo como proceso democratizador y como confiado en las mayorías políticas, llevó a la renovación a pensar una de sus más importantes

novedades: crear un modelo político del socialismo. La izquierda hasta ese momento careció de una definición de un modelo político propio. En cierta medida, el socialismo siempre ocupó instrumentalmente sistemas políticos (dictadura del proletariado o sistemas de partido único en el caso del comunismo) sin definir uno como propio y universalizable.

¿Cuál era este modelo político propio del socialismo? La democracia. El proyecto de la renovación, en el fondo, buscó fundir una radicalidad democrática (la democratización de todas las esferas sociales) con una radicalidad socialista (socialismo como lucha contra la explotación, alienación, opresión, discriminación, etc.). De este modo, el socialismo incluyó a la democracia, lo que implica necesariamente que la democracia limita al socialismo: tanto socialismo como la democracia lo permita.

La aceptación del régimen político democrático como horizonte de posibilidad de acción política socialista y la aceptación de la mayoría política como estrategia hegemónica (por sobre “la toma del Palacio de Invierno”), implicaba, en el caso chileno, arraigar las tácticas en el sistema de partidos. La matriz sociopolítica chilena fue y sigue estando fuertemente anclada en los partidos políticos y, de este modo, sigue siendo el espacio de búsqueda de alianzas de cara a construir una mayoría política que le brinde sustentabilidad a la mayoría electoral. Eso implica que los actores políticos claves del socialismo chileno debían ser la izquierda y el centro.

El resultado de la renovación ha sido positivo. Se esté de acuerdo o no, la reflexión de la renovación triunfó en el socialismo. De hecho, los sectores que, en un inicio, se opusieron, en el mediano plazo terminaron adhiriendo a sus fórmulas estratégicas. Esto se ve tanto en la actual estrategia política del Partido Comunista, como en dirigentes socialistas como Camilo Escalona que, en un comienzo crítico a la renovación, termina tomando sus recomendaciones.

A pesar del incuestionable carácter hegemónico de estas reflexiones en la izquierda hoy, la renovación tiene importantes límites. Por ejemplo, careció de un serio análisis del régimen económico, centrándose casi exclusivamente en los sujetos políticos en juego.

¿Qué tiene hoy que decir la Renovación Socialista?

El primer elemento es la derrota electoral de la Concertación que se vio forzada a terminar su ciclo sin haberlo culminado como proyecto histórico. O sea, se agotó sin haber

completado la democratización política, esto es, la ausencia de políticas durante los veinte años de la Concertación que reformularan el modelo económico y superaran la institucionalidad política de la dictadura (sistema electoral, centralización, Constitución, etc.).

A esta derrota de la coalición de la centroizquierda se le suma la transformación de la sociedad actual, resaltando el proceso de globalización, la aparición de un nuevo tipo societal –léase, la sociedad del conocimiento– y el conjunto de resultados que genera: nuevas formas de socialización y despolitización radical del tejido social.

La consecuencia central de esta nueva transformación social es la descomposición de la polis. El espacio de lo político se comienza a diluir, generando una especie de “crisis civilizatoria” que produce un rechazo espontáneo, aunque, a su vez, no politizado, de los “indignados”. La pregunta central para la izquierda latinoamericana hoy es: ¿existe una nueva problemática para los países latinoamericanos en este nuevo contexto?

Hasta hace poco, existían ejes centrales a través de los cuales se organizaba una propuesta política, por ejemplo: 1810: independencia; mediados del XIX: construcción del Estado nación; 1925 hacia adelante: Inclusión de masas a la sociedad mediante una estrategia de desarrollo industrializador; mediados del XX: desarrollo; los sesenta: reformas estructurales y revolución; desde 1973: lucha contra la dictadura; 1990 en adelante: construcción democrática y corrección del modelo económico. Hoy, por el contrario, los ejes son cada vez menos nítidos, lo que necesariamente llama a preguntarse ¿qué permite una nueva promesa socialista?

Un posible eje articulador, como hemos dicho en este mismo libro es la reconstrucción de la relación Estado-sociedad, o sea, la refundación de los Estado nación. Hoy, en América Latina, tenemos tres modelos políticos en juego: Modelo Politicista: una variante es la construcción estatal personalizada de la sociedad con fuerte apoyo popular: la Venezuela de Chavez; la otra variante es la que se basa en el sistema de partidos como el modelo uruguayo y chileno de la Concertación. Modelo Societalista: reconstrucción del Estado nación desde la sociedad, cuna variante étnico-comunitaria (Evo Morales) y otra de movimientos de sociedad civil (Foros Sociales). Modelo Tecnocrático: relación Estado-

sociedad se reconstruye a partir del mercado regulado con un Estado con políticas focalizadas.

La necesidad hoy es construir un nuevo modelo político, que funde desde sus cimientos al Estado nación. Así, una política socialista hoy debería centrarse en reconstruir, en un mundo globalizado y dentro de América Latina, una comunidad política. La reconstrucción de la polis debe tener como horizonte, necesariamente, la lucha por la igualdad de posición contrapuesta y complementaria a la vez de la igualdad de oportunidades.

Esta lucha por la igualdad de posición implica, sintéticamente: lo importante no es que los obreros tengan las mismas oportunidades de ser un ejecutivo, sino que sus condiciones de vida no sean muy distintas de las de un ejecutivo. Para lograr que dicha idea y la de la superación del actual modelo político institucional devengan en un proyecto político realizable se necesita comenzar de nuevo un conjunto de debates amplios, tal como en los orígenes de la experiencia de la renovación, y que se centren en temas más allá de programas políticos, buscando nuevos procesos orgánicos de rearticulación de Partidos.

Renovación socialista y Concertación.

El balance de la renovación no puede ser el balance de los veinte años de los gobiernos de la Concertación. Considerando la heterogeneidad interna, no es “el proyecto de la renovación” lo que se condensa en los nacientes gobiernos democráticos, sino ciertos elementos (partidos, intelectuales, políticos), que no necesariamente “representan” la reflexión de la renovación. De hecho, hubo diversas críticas desde la renovación a la naciente Concertación (yo mismo, por ejemplo). Si uno no puede culpar a los enciclopedistas de los problemas de la Revolución Francesa, uno tampoco puede criticar a la renovación por el desempeño de la Concertación. Dicho de otra manera, nada que ver!!!

Todo proceso sociopolítico incluye un proceso intelectual (producción de ideas conductoras), sujetos sociales (agentes que encarnan dichas ideas) y expresión partidaria (hacer devenir esas ideas y sus sujetos sociales en estrategias en torno al poder). De este modo, la condensación partidaria, y el ejercicio del poder, es realizado por sujetos diferentes de los sujetos sociales, y estos, a su vez, son modo muy diferentes de los procesos de reflexión teórico-ideológica. Así, considerar, como algunos hacen, que los déficit de la Concertación son efectos o están vinculados a déficits de la renovación,

constituye un enorme error de confusión entre lo que es la práctica política de determinados actores, los movimientos sociales y la reflexión teórica, cada uno con sus propias especificidades y límites.

En todo caso, la renovación efectivamente tuvo un serio déficit. La ausencia de un modelo alternativo de desarrollo productivo dio el pie a algunos de sus sectores para la asimilación acrítica del neoliberalismo.

Un desafío para el socialismo

Finalmente, respecto de las relaciones entre política y sociedad hoy día, debemos recordar tres dimensiones claras del ejercicio de la ciudadanía: la dimensión individual, de movimiento social y política. Lo que existe hoy es la completa desarticulación entre las tres esferas, confundiendo ciudadanía con reivindicaciones de consumo o con exigencias corporativas. Una tarea urgente del socialismo hoy es crear los lazos para que esas tres dimensiones puedan rearticularse, para que las necesidades individuales se articulen con expresiones de movimientos sociales y estas últimas tengan una perspectiva política, esto es, enfocada a temas nacionales, a la inserción en el espacio público, y a la transformación de la polis.